

peradas que parecían no haber de llegar nunca; y así no debemos pensar en ponerle obstáculos con estratagemas belicosas, cuando nuestra política nos promete más de una ventaja.» A estas palabras añade un miembro distinguido de la diplomacia imperial, que estaba perfectamente en el secreto del asunto (1): «Toda la política del emperador estaba calculada sobre complicaciones en Alemania que le dieran la ocasión de hacer olvidar á los franceses la expedición mejicana, de conjurar sus dificultades en el interior de Francia y de coronar su obra de 1859. Su idea fija era la liberación de Venecia, que quería ver realizada á toda costa. Creía que el único medio de tranquilizar á Italia, de arrancarla de las manos de los revolucionarios y de salvar al propio tiempo el pontificado, era darle á Venecia; es decir, que con Venecia quería salvar á Roma, y muchas veces había entablado negociaciones para determinar al Austria á renunciar á Venecia por dinero ó por otras ventajas, pero todos sus esfuerzos habían sido rechazados siempre tenazmente y á veces hasta con acritud. En esta situación se presentó la alianza de Prusia con Italia casi como una necesidad molesta, aunque no fuese sino porque impulsaría al gabinete de Florencia en una dirección peligrosa; pero con todo, el gobierno francés se lisonjeó de que Italia continuaría siendo un instrumento obediente en manos de Francia. También se creyó, temiendo las victorias demasiado fáciles del Austria, que no habría peligro en obligarla á dividir sus fuerzas. Victorias decisivas del Austria podían dar á esta potencia la preponderancia desde el mar Adriático hasta el Báltico y la posibilidad de amenazar en Italia nuestra obra, no concluida todavía. El emperador se sometió á la opinión de sus generales más peritos, que estupefactos por la resistencia extraña que habían encontrado en la campaña de 1859, dijeron que los ejércitos austriacos eran muy superiores á los prusianos, los cuales carecían de la necesaria consistencia. Por lo menos era permitido creer que la lucha sería larga y mortífera, y que sin gran esfuerzo la Francia se encontraría en la situación de mediar según su buen parecer entre las dos potencias cuando hubieran agotado sus fuerzas.»

De lo que precede se pueden inferir los motivos de la política francesa, tan racional hasta el 3 de julio de 1866 y después tan necia é incomprensible para todo el mundo. Napoleón quiso proporcionar á la Italia la posesión del Veneto, y como esto no podía lograrse sin una guerra que la Francia no quería hacer y que la Italia no podía hacer por sí sola, era menester que se excitara á hacerla en Alemania para tener allí ocupadas la mayor parte de las fuerzas austriacas, dejando la parte más pequeña disponible del lado del Mediodía. Para que esto sucediera era preciso que la Italia hiciera alianza con la Prusia y que ésta contrajera obligaciones que después podían resultar desagradables y hasta funestas para la mediación imperial. Por esto convenía al emperador Napoleón una guerra simultánea de Prusia é Italia contra el Austria, y por lo mismo aconsejó en Berlín y en Florencia la ruptura con aquella potencia. Solo podía convenirle la alianza entre los dos adversarios del Austria si no había otro medio de impulsar á la Prusia al ataque, y si se tuviese la seguridad de que la preponderancia del Austria no hubiese de desaparecer. Así lo supuso Napoleón, y estas suposiciones dieron á Bismarck el medio de anular anticipadamente la mediación de la Francia.

(1) Rothan: *La politique française en 1866*. Paris, 1879. El autor asegura en una nota que el general de Vaux, al regresar de una misión en Alemania, dijo que tenía la convicción de que el ejército prusiano quedaría derrotado completamente por el austriaco á la primera embestida. Hay que saber que este mismo general de Vaux era considerado en las altas regiones militares de Francia como una gran autoridad.

Era indudable que tan pronto como la Prusia hubiera declarado la guerra, desenvainaría la Italia la espada y se echaría sobre el Austria; para esto no era menester ninguna alianza; mas para el caso de que el Austria cediera á Venecia á la Italia después de la primera derrota y que con ella provocara la intervención de la Francia, que impondría un armisticio entre Italia y Austria, era menester un tratado con Italia á fin de que el Austria no pudiera lanzarse súbitamente contra la Prusia. Por esto pidió Bismarck un tratado de alianza por el cual el gobierno de Italia se obligara á no hacer ningún armisticio ni paz sin el consentimiento de la Prusia.

Para arreglar este tratado el gobierno de Italia, en marzo de 1866, envió al general Govone á Berlín, el cual después de su primera conversación con Bismarck escribió á su país: «Es nuestro Cavour.» Bismarck le explicó en 14 de marzo que en la corte real no había prevalecido hasta entonces una opinión muy favorable respecto de Italia. La opinión dominante era que Garibaldi ó Mazzini personificaban la Italia, pero Bismarck había combatido con buen éxito esta opinión y hacia poco tiempo que había propuesto al rey poner á prueba al Austria invitándole á tomar parte en la guerra con Dinamarca, para ver si de esta manera se consolidaba una alianza austro-prusiana. Esta tentativa se había estrellado completamente, ó mejor dicho había resultado lo que ya se había previsto: los celos y la odiosa animadversión del Austria se habían manifestado más vivamente que nunca, y en su consecuencia el rey y muchas otras personas habían quedado por fortuna curadas de sus ilusiones respecto de toda alianza austriaca y de escrúpulos legitimistas. Bismarck pensaba proponer dentro de poco la reforma de la confederación germánica y la convocación de un parlamento alemán, proposición que provocaría necesariamente la guerra; y como se trataría de una cuestión grande y nacional, la Europa no protestaría contra esta guerra. De la alianza con Italia esperaba el ministro prusiano dos cosas: primera, el apoyo de su política guerrera cerca del rey Guillermo, y segunda, asegurarse de la benevolencia del emperador de los franceses, que á la sazón se negaba á contraer obligaciones para con la Prusia. Decía el emperador que dejaría hacer á la Prusia en la cuestión de los ducados; que conservaría una neutralidad benévola, y que después pondría otras condiciones que por el momento se reservaba. Pues bien, añadió el ministro prusiano, si estamos unidos con Italia nos entenderemos también más fácilmente con la Francia.

A las repetidas preguntas del ministro prusiano hechas á Napoleón acerca de lo que pediría si en el curso de la guerra una de las dos potencias consiguiera un considerable aumento territorial, había contestado el emperador siempre evasivamente, y lo más fijo que había dado á entender al embajador prusiano era «que en el mapa podía examinarse la diferencia entre la frontera actual de Francia y la de 1814.» El emperador estuvo reservado por el temor de comprometerse, pidiendo poco, y por otro lado no quiso pedir mucho para no retraer á la corte prusiana de la guerra, pues le parecía que esta corte no estaba del todo decidida á hacerla; y Benedetti, embajador francés en Berlín, convencido de que no habría guerra, se esforzó lo posible por llevar su convicción al ánimo del enviado de Italia, al cual dijo todavía en 5 de abril que Bismarck era un diplomático que se había vuelto loco; que él le conocía hacia ya quince años, que había observado en todo este tiempo cuanto hacía, y le veía siempre ocupado en la misma idea fija de rebajar el Austria á potencia de segundo orden y de elevar á la Prusia al primer puesto. Para alcanzar su objeto trabajaba hacia tres años por hacerse indispensable al rey en la política interior, y después de haber conseguido esto principiaba á tra-

bajar contra el Austria con la esperanza de arrastrar al rey á la guerra. Cuando el enviado de Italia preguntó á este condecorador tan grande de Bismarck si en su opinión habría guerra, contestó Benedetti que más probable era que continuara la paz.

En 8 de abril firmaron Bismarck y Govone el tratado de alianza ofensiva y defensiva, que constaba de seis artículos, en el segundo de los cuales se obligaba el rey de Italia á declarar la guerra al emperador de Austria y á sus aliados tan pronto como tuviera noticia de que el rey de Prusia la hubiese declarado para dar fuerza á sus proposiciones, encaminadas á hacer una reforma de la constitución federal apropiada á las necesidades del pueblo alemán. Según esto, ni el Schleswig-Holstein, que á la sazón parecía el único objeto de la contienda, ni tampoco ninguna cuestión de conquista ni de otro aumento territorial tenían que ver con la alianza italiana, que se relacionaba únicamente con la gran cuestión alemana de si habría una Alemania ó no. En el artículo tercero se obligaron las dos partes contratantes á continuar la guerra una vez empezada con todas las fuerzas que la Providencia les había concedido, y á no hacer armisticio ni tratado de paz sin acuerdo mutuo. Este acuerdo sería obligatorio según el artículo cuarto cuando el Austria hubiera consentido en ceder á Italia el reino lombardo-veneto, y á Prusia territorios cuya población fuese igual á la del reino cedido á la Italia; por manera que el rey de Italia no podía salirse de la guerra, aunque le entregasen el reino lombardo-veneto, mientras la Prusia no tuviese asegurado un botín igual. Según el artículo quinto, caducaba el tratado si dentro de tres meses la Prusia no había declarado la guerra al Austria. Finalmente, decía el artículo sexto: «Si la escuadra austriaca que va á ser pertrechada, saliera del mar Adriático antes de la declaración de guerra, S. M. italiana enviará buques en número suficiente al Báltico, donde permanecerán para unirse á la escuadra prusiana cuando estallen las hostilidades.»

Al día siguiente de haberse firmado este tratado el representante de Prusia en el consejo federal de Francfort leyó al consejo una declaración pidiendo que para reformar la confederación alemana se convocara, para el día que se determinase, una asamblea nombrada por sufragio universal y por elección directa de toda la nación alemana.

En vista de todo lo que había precedido y de lo que era generalmente sabido acerca de las intenciones del gobierno prusiano, la proposición del representante de Prusia en Francfort significaba nada menos que la *exclusión del Austria de la confederación alemana y la subordinación de todos los Estados de segundo y tercer orden á la hegemonía de la corona de Prusia*. Esto fué una declaración de guerra hecha al Austria y á sus aliados, los cuales la entendieron y procedieron en consecuencia. Los soberanos de Hanover, Sajonia y Hesse Electoral no vacilaron, porque no había más que elegir entre Austria y Prusia, y lo que hicieron los diplomáticos para llegar á un arreglo solo sirvió para dar tiempo á cada parte para hacer sus preparativos políticos y militares. Este fué muy particularmente el objeto de la declaración del Austria, que prometió en 8 de abril retirar, desde el 25 del mismo mes, todas sus tropas á sus anteriores acantonamientos si la Prusia en el mismo día ó en el siguiente revocara sus disposiciones militares. A esta proposición no podía negarse la Prusia, pero apenas hubo accedido condicionalmente, cuando el gobierno de Austria le declaró que debía á su propia seguridad dar mayor extensión á sus armamentos contra Italia y poner su ejército de Italia en pié de guerra. Entonces contestó la Prusia en 30 de abril que solo desarmaría cuando Austria hiciera lo mismo respecto de Italia. Con esto se supo en Viena lo que se había tratado de descubrir: la exis-

tencia de un acuerdo ó alianza entre Prusia é Italia; y como esto no podía haberse hecho sin el beneplácito y conocimiento del emperador Napoleón, se hizo lo posible por el gabinete de Viena para separar la Italia otra vez de la Prusia.

El 5 de mayo, Nigra, embajador italiano en París, telegrafió á su gobierno: «El emperador me ha hecho llamar hoy. Me ha dicho que el Austria le había propuesto formalmente ceder á Venecia con la condición de que se dejen al Austria las manos libres para indemnizarse á costa de la Prusia. La cesión se haría á la Francia, que á su vez la haría á Italia sin condiciones. El emperador me ha preguntado si podemos romper nuestras relaciones con la Prusia. Suplico á usted me telegrafe su primera impresión.» La Mármora contestó: «Según mi primera impresión es una cuestión de honor y de lealtad el no separarnos de la Prusia, particularmente ahora que se arma y que ha declarado á todas las potencias que atacaría al Austria si el Austria nos atacase á nosotros; pero como el tratado caduca el 8 de julio, podría arreglarse el asunto por medio de un congreso. El emperador no debe olvidar que él nos ha aconsejado el tratado con la Prusia.» Al día siguiente, 6 de mayo, volvió á telegrafiar Nigra que el emperador, antes de partir para Auxerre, le acababa de enviar á decir que el príncipe de Metternich había recibido la autorización formal de firmar la cesión de Venecia á cambio de la simple promesa de neutralidad. La Mármora permaneció fiel á su primera impresión al saber este segundo ofrecimiento más seductor que el primero, y su conducta resultó luego acertada cuando recibió un despacho de Nigra más extenso, por el cual se veía que el Austria quería hacer depender la cesión de Venecia de la conquista de Silesia; porque á la contraproposición del emperador de que la cesión se efectuará antes de la ocupación de la Silesia, no había podido contestar el representante del Austria. Nigra estaba también contra este negocio, porque era quebrantar la fidelidad debida á la Prusia, lo cual debía enemistar á la Italia con esta potencia y con toda la Alemania sin disminuir la enemistad del Austria, al paso que aumentaría excesivamente el deber de gratitud de la Italia para con la Francia.

En 7 de mayo pronunció el emperador en Auxerre un discurso en el cual aseguraba al departamento del Jonne su gratitud por haber sido uno de los primeros que le habían dado sus votos en el año 1848; «porque sabía, dijo el emperador, como la gran mayoría de la nación francesa, que sus intereses eran también los míos y que yo como ella detestaba los tratados de 1815, de los cuales se quiere hacer hoy la base de nuestra política extranjera.» El emperador deseaba reformar el mapa de Europa y pensaba desarrollar su plan en un congreso. Este plan era, según un despacho de Nigra del 11 de mayo: unión de Venecia con Italia; de Silesia con Austria; la Prusia recibiría los ducados del Norte y algunos principados alemanes á su elección; en el país del Rin se crearían tres ó cuatro ducados pequeños que formarían parte de la confederación alemana; los príncipes desposeídos por la Prusia serían colocados en los principados danubianos. También se tomaría en consideración si fuera conveniente indemnizar al Austria en lugar de la Silesia con un territorio danubiano. Muchos hombres de Estado limitaban su ambición á la creación de un reino neutral que se extendería desde Lauter hasta Holanda (1).

Tocqueville ha dicho una vez de Napoleón que no sabía hacer diferencia entre soñar y pensar. Solo conociendo este ensueño referido por Nigra en su despacho se comprende la idea del emperador cuando escribió su carta misteriosa del 11 de julio á su ministro.

(1) Rothan: *La politique française en 1866*.

Francia, Inglaterra y Rusia invitaron en comun el 24 de mayo á los soberanos de Austria, Prusia é Italia, á tomar parte en un congreso que debía reunirse el 12 de junio para discutir los tres asuntos siguientes: el de Schleswig-Holstein, el de Venecia y el de la reforma de la confederacion germánica. La Italia aceptó, porque nada arriesgaba y solo podia ganar la Venecia sin lucha; la Prusia aceptó tambien, con la esperanza segura de que toda la empresa se estrellaria por la parte del Austria, y así fué. El enviado de Napoleon, Benedetti, habló en 4 de junio con Bismarck sobre la perspectiva de la paz. Bismarck pareció tener temores de que el Austria, que hacia esperar su contestacion, aceptaria á última hora la reunion del congreso. En Paris se creía firmemente que el Austria aceptaria aun cuando no fuese sino para aproximarse al gobierno francés, dilatar el plazo del tratado de Italia, dejar á la Prusia el papel de agresor y dar con esto á toda la situacion un nuevo giro que acaso destruyera todo el plan del gobierno de Prusia. Lo mismo temia Bismarck sin duda, cuando le sacó de sus temores la noticia de que las tres potencias tenian que renunciar al congreso porque el Austria solo accedia á tomar parte en él bajo la condicion de que no se tratarian cuestiones territoriales y de que las potencias renunciaran anticipadamente á todo aumento territorial. Al saber esto Bismarck exclamó lleno de júbilo: «¡Viva el rey! esta es la guerra.» Así fué, máxime cuando el Austria dejó á la decision del consejo federal la cuestion del Schleswig-Holstein, lo que era completamente contrario al pacto de Gastein.

En 8 de junio recibió el rey Guillermo al conde Barral, embajador de Italia; y del escrito de éste copiamos lo que sigue: «S. M. me ha dicho que era cuestion de pocos dias la entrada en campaña; que tenia completa confianza en la justicia de su causa y en el valor de sus tropas, pero que la victoria estaba en manos de Dios. Afortunadamente, añadió con expresion conmovida y poniendo la mano sobre el corazon, tengo la conciencia limpia. Se me ha acusado por mucho tiempo de que buscaba la guerra por ambicion; pero ahora, en vista de la negativa del Austria á tomar parte en el congreso, de su indigna violacion del tratado de Gastein y del lenguaje violento de su prensa, sabe todo el mundo quién es el que ataca. Al decir esto me pareció el rey decidido á no aplazar por mucho tiempo la apertura de las hostilidades; pero con todo habia en su voz cierto acento de dolor que daba á conocer que su resolucion era la de un hombre que se conforma con su situacion porque cree no poder hacer otra cosa. Cuando al fin de la recepcion expresé á S. M. la esperanza de verle volver pronto victorioso, me dijo, dirigiendo su mirada al cielo: «La vida, como la victoria, está en las manos de Aquel que está allá arriba (1).»

Estaba muy disgustado Napoleon al ver que su idea de conferencia habia naufragado; pero alcanzó lo que en el fondo se habia propuesto en un convenio secreto que se discutia desde el 4 de junio en Viena. Este convenio tuvo un carácter mas inocente de lo que habia hecho creer al gobierno prusiano el duque de Coburgo, el cual dijo que Austria se habia asegurado el auxilio armado de Francia hasta con un ejército de 300,000 hombres, en cambio de la cesion de la orilla izquierda del Rin; pero en todo esto no habia una palabra de verdad. Lo que habia era que el embajador francés, el duque de Gramont, habia firmado el 9 de junio en Viena un convenio por el cual la Francia se obligaba simplemente á la neutralidad y á tener hasta donde pudiese en actitud neutral á Italia. El Austria, en cambio, se obligó á respetar el estado territorial en Italia cualquiera que fuese el

(1) La Mármora, pág. 280.

curso que tomara la guerra, y tanto si vencía como si quedaba vencida, á conformarse con la cesion de Venecia á la Francia para que ésta la cediera á Italia. Además renunciaba el Austria á toda hegemonía sobre la Alemania y á no efectuar sin el consentimiento de Francia ninguna modificacion territorial que pudiese conmovier el equilibrio europeo. El Austria habia, pues, desistido de la conquista de Silesia como condicion previa de la cesion de Venecia, y de la neutralidad de Italia, que conservaba toda su libertad de accion. Además se habia dejado imponer la obligacion completamente anómala de no hacer uso de sus victorias en caso de alcanzarlas, ni con el fin de aumentar su influencia en Alemania ni con el de ensanchar sus fronteras. Para que el Austria accediera á todo esto, que no tenia sentido comun, porque era deshacerse de Venecia y renunciar al objeto de toda la guerra, á saber, el de establecer su hegemonía sobre la Alemania y quebrantar radicalmente la Prusia, habian sido menester amenazas muy serias de parte de Napoleon, amenazas que, en efecto, habia hecho el príncipe Napoleon, no el emperador, ofreciendo en mayo al embajador de Prusia un tratado por el cual se agregarían inmediatamente trescientos mil franceses á los ejércitos de Prusia é Italia. Esta intimidacion astuta produjo todo el resultado que el emperador habia deseado.

Por sus generales tenia Napoleon la firme esperanza de que la Prusia quedaria derrotada por el Austria; y el tratado del 9 de junio, hecho con el gobierno austriaco, le daba la seguridad de que Venecia seria cedida á la Italia y de que la Alemania no quedaria sometida al yugo del Austria mientras esta potencia no pudiese modificar sus fronteras sin el consentimiento de la Francia. En esta situacion escribió á su ministro de Negocios extranjeros, Drouyn de Lhuys, en 11 de junio aquella memorable carta de la cual ya hemos hablado, y que leida por el citado ministro dos dias despues en el cuerpo legislativo, adquirió la importancia de un manifiesto general á la Francia. En esta carta expuso el emperador lo que habia propuesto á una conferencia que se hubiese reunido. Declaraba desde luego que habia rechazado todo aumento territorial para la Francia mientras no se hubiese quebrantado el equilibrio europeo, diciendo: «En verdad solo podemos pensar en un ensanche de nuestras fronteras si el mapa de Europa llegase á ser modificado en ventaja de una sola potencia y si las provincias fronterizas expresasen libremente su deseo de ser incorporadas á la Francia.» Con esto expresaba Napoleon claramente su deseo de un gran trastorno territorial que le ofreciese la ocasion de obtener para la Francia, sin desenvainar la espada y por medio de un simple sufragio popular, los países del Rin.

Respecto de la Alemania, de la Prusia y del Austria se expresaba el emperador en la citada carta en estas frases contradictorias: «Hubiéramos deseado para los Estados menos poderosos de la confederacion germánica una union mas estrecha, una organizacion mas fuerte, un papel mas importante; para la Prusia un redondeamiento de territorio y mas fuerza en el Norte, y para el Austria la conservacion de su posicion de gran potencia en Alemania. Además habríamos deseado que el Austria fuese puesta en estado, por medio de una indemnizacion equitativa, de ceder la Venecia á Italia, porque si aliada con la Prusia y prescindiendo del tratado de 1852 ha hecho la guerra contra la Dinamarca en nombre de la nacionalidad alemana, me parecia justo que reconociera en Italia el mismo principio para llevar á cabo la independencia de la península.»

Conociendo su proyecto de congreso por el despacho de Nigra, podemos inferir fácilmente los propósitos del emperador, expresados tan oscuramente en la carta del 11 de junio,

que, aparentemente, como todas las suyas, estaba llena de contradicciones. Una cosa, sin embargo, es todavía contradictoria en esta carta, y es la reforma de la confederacion, en la cual el Austria quedaba siendo lo que era, al paso que los Estados de segundo y tercer orden debían adquirir mas fuerza y unidad; pero siendo estas dos cosas absolutamente incompatibles, bien claramente se podia inferir de la carta que el emperador no queria ni creía ni juzgaba imaginable ni posible una victoria completa de las armas prusianas que decidiera la guerra del primer golpe y diese al traste con la ilusion del emperador de hacer el papel de mediador entre dos combatientes exhaustos. El mundo vió el contraste entre los sucesos y los ensueños de Napoleon expuestos públicamente en su citada carta, y éste fué un golpe para su crédito como político, del cual no se repuso jamás.

La guerra fué una necesidad que, no siendo provocada por el hombre, tampoco podia ser evitada; y por esto la posteridad puede prescindir de cuanto se ha escrito sobre quién fué el que rompió la paz, mas no debe pasar la historia por alto lo que hizo el Austria para convertir su inevitable lucha con la Prusia en una guerra federal, con lo cual faltó manifiestamente, y á sabiendas, á la federacion. Esta falta dió al rey Guillermo el derecho de dejar á un lado todas las consideraciones que hasta entonces habia tenido.

La proposicion que hizo el Austria al consejo federal en 11 de junio de movilizar contra la Prusia los cuerpos no prusianos del ejército federal, era, segun la constitucion federal, enteramente inaceptable, ya que la misma constitucion no reconocia como guerra federal sino la dirigida contra un enemigo exterior, contra el cual debia emplearse toda la fuerza de la confederacion.

La única forma de emplear la fuerza contra miembros de la federacion era la de la ejecucion federal, para la cual la constitucion fijaba lo necesario, y por lo mismo el representante de Prusia declaró con completa razon en la sesion del 14 de junio, cuando iba á discutirse en la asamblea la proposicion del Austria, que protestaba en nombre de su gobierno contra toda discusion de la proposicion austriaca por ser por su contenido y forma contraria á la confederacion. A esta protesta deberían haberse agregado todos los gobiernos por respeto al derecho federal, pero no lo hicieron, y al votar la proposicion del Austria, aceptándola por nueve votos contra seis, porque la Prusia no votó, rompieron completamente con la confederacion, y en su virtud habria tenido derecho el gobierno prusiano para considerar á los nueve gobiernos que habian votado en pro como enemigos sin otra declaracion. Mas no lo hizo así el gobierno prusiano sino que ofreció, en 15 de junio, á los soberanos de Sajonia, Hanover y Casel una alianza con la corona de Prusia segun la cual debían comprometerse, no á tomar parte en la lucha de la Prusia contra el Austria, sino á reducir su fuerza armada al pié de paz y proceder á elecciones para el parlamento alemán tan pronto como se efectuaran en Prusia. En cambio, la Prusia les garantizaba sus territorios y los derechos soberanos que resultarían de la reforma federal. Este ofrecimiento de alianza fué rechazado, y entonces la Prusia procedió con una rapidez y una impetuosidad que desconcertaron completamente á las cortes de Hanover, Cassel y Dresde. A la primera noticia de la aproximacion de las tropas prusianas huyeron los dos reyes, el de Sajonia y el de Hanover, con sus ministros; el elector de Hesse no huyó, pero en menos de tres dias estuvo todo su territorio, como el de los dos reyes citados, en poder de Prusia.

El 18 de junio publicó el rey Guillermo un manifiesto dirigido á su pueblo en un lenguaje caluroso que en toda otra época habria causado una impresion profunda, en el cual

quiso el rey probar que la guerra, maldecida por la opinion pública en la prensa, en los parlamentos, en las asambleas populares y en las sesiones municipales como la mas antinatural é incua, era en realidad una guerra santa que hacia Prusia en defensa de su derecho, de su vida y de la unidad de Alemania. Al decir esto el rey ponía á su pueblo por testigo de su lucha interior hasta que se habia convencido de que nada podia reconvenirle su conciencia.

El manifiesto del rey empezaba en estos términos: «En el instante en que el ejército de Prusia se pone en campaña para una lucha decisiva, me siento impulsado á hablar á mi pueblo, á los hijos y nietos de los valientes padres á quienes hace mas de medio siglo dirigió mi padre, que en Dios descansa, palabras no olvidadas. La patria está en peligro. El Austria y una gran parte de Alemania están en armas contra ella.» Veamos este peligro.

En el manifiesto que el día anterior habia publicado el Austria, dirigiéndolo á sus pueblos, culpaba de todo á la Prusia, diciendo que, segun su costumbre, habia puesto la fuerza en el lugar de la ley. A esto contestó el rey Guillermo en su manifiesto refiriendo lo que habia hecho para vivir con Austria en paz y hasta en amistad, diciendo: «Pocos años hace que por libérrima resolucion y sin acordarme de pasados agravios alargué la mano de aliado al emperador de Austria al tratarse de librar á un país alemán del dominio extranjero, esperando que de la sangre derramada en comun naceria una alianza fraternal, que descansando sobre el respeto mútuo conduciría á procedimientos comunes que darían por fruto el bienestar interior de Alemania y su consideracion en el extranjero; pero mi esperanza quedó defraudada.» A esto seguía la relacion de disgustos y de la justa ira que el rey habia sentido y acallado, ya como príncipe heredero, ya como regente, y luego decia: «El Austria no quiere olvidar que sus soberanos dominaron algun día en Alemania; no quiere reconocer en la Prusia, mas jóven que ella y que se desarrolla vigorosamente, un aliado natural, sino un vecino y rival enemigo. La Prusia, dice, debe ser combatida en todos sus propósitos, porque lo que conviene á la Prusia perjudica al Austria. Estos celos funestos se han inflamado de nuevo; la Prusia debe ser debilitada, aniquilada y deshonrada. Respecto de ella ya no valen tratados; se llaman contra la Prusia soberanos de la confederacion alemana y se les induce á faltar á la confederacion. A donde quiera que dirijamos la vista en Alemania nos vemos rodeados de enemigos, cuyo grito de guerra es el rebajamiento de la Prusia.»

De esto pasó el rey en su manifiesto á hablar del armamento de su pueblo, organizado por él y que todavía era motivo de litigio, porque el mundo no sospechaba siquiera su fuerza formidable. Tocante á esto dijo en su manifiesto: «En la atenta prevision de lo que ahora sucede, he debido reconocer hace años como mi primer deber de monarca, preparar al pueblo marcial de Prusia para cuando tuviese necesidad de desplegar toda su fuerza. Todos los prusianos mirarán conmigo satisfechos y confiados la fuerza armada que cubre nuestras fronteras. Con su rey á la cabeza se verá al pueblo prusiano siendo una verdadera nacion en armas. Nuestros adversarios se engañan cuando creen á la Prusia paralizada por contiendas interiores. Ante el enemigo está unida y fuerte; ante el enemigo se aplanan las contradicciones para quedar por lo pronto todos unidos en la fortuna y en la desgracia.»

Esto era verdad. Al dictarse la orden de movilizacion se habia presentado el pueblo prusiano en las filas, á pesar de que el gobierno y los ministros odiados gobernaban el país sin presupuestos aprobados y á pesar de que la prensa y todos los partidos y consejos municipales condenaban y mal-